

Adrian R. BELL, Anne CURRY, Andy KING y David SIMPKIN: *The Soldier in Later Medieval England*, Oxford, Oxford University Press, 2013, 318 pp., ISBN: 978-0-19-968082-5.

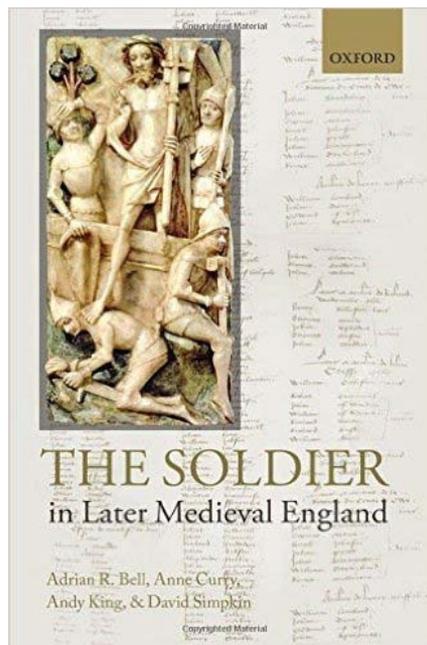
Ekaitz Etxeberria Gallastegi
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Los nombres propios de la Guerra de los Cien Años.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la forma tradicional de abordar la Historia Militar entró en decadencia en Europa, y la consolidación de la escuela de los *Annales* no hizo sino acentuarla. El interés académico derivó hacia los procesos históricos y las estructuras sociales, dejando de lado las viejas formas de la Historia Política, de la que se consideraba parte la Historia Militar. A partir de entonces quedó claro que el historiador militar no debía limitarse a narrar lo ocurrido, sino que tenía que interpretar las realidades bélicas que rodeaban a los encuentros armados. Esto llevó a una socialización de la Historia Militar, que acabó cristalizando en la llamada *New Military History* o Nueva Historia Militar.

Christopher Allmand, en su ya clásica obra sobre la guerra de los Cien Años se preguntaba si «tal vez algún día alguien intentará realizar, respecto a los ejércitos ingleses, lo que Contamine ha llevado a cabo para los ejércitos franceses». ¹ Allmand se refería al también señero estudio *Guerre, état et société à la fin du Moyen Âge. Études sur les armées des rois de France, 1337-1494* en el que Contamine diseccionaba los ejércitos franceses bajomedievales desde un punto de vista no sólo bélico, sino también social. *The Soldier in Later Medieval England* es, en parte, su equivalente inglés, además de un digno exponente de la Nueva Historia Militar. Este trabajo viene a completar el recorrido iniciado por trabajos como el de Michael Prestwich, Andrew Ayton, David Simpkin o Adrian R. Bell, por citar sólo algunos de los más relevantes de los últimos años.

Gracias al proyecto financiado por el Consejo de Investigación en Artes y Humanidades (*The Arts and Humanities Research Council*) que la Dra. Anne Curry dirigió entre 2006 y 2009, los autores han conseguido esbozar un completo panorama de los combatientes de la guerra de los Cien Años, analizando en clave prosopográfica diversos aspectos de los soldados ingleses que combatieron en el periodo comprendido entre 1369 y 1453. La elección de los años no es casual, ya que la fecha final no es sino la que marca la pérdida de Gascuña y la



¹ Christopher ALLMAND: *La guerra de los Cien Años*, Barcelona, Crítica, 1990, p. 18.

conclusión de la guerra de los Cien Años, mientras que se eligió 1369 como punto de partida ya que es la fecha a partir de la cual se conservan más documentos del tipo *Muster Roll*.² Se han analizado en torno a 2.500 de ellos, y con la información obtenida los autores han elaborado una gran base de datos consultable en la red que recoge más de 250.000 entradas de soldados (si bien algunos aparecen mencionados más de una vez).³

Esta base de datos ha sido el punto de partida desde el cual los autores emprendieron el análisis de la información y la elaboración del presente libro, que no es sino el producto final de este gran proyecto. La obra está dividido en seis capítulos, sin contar la introducción y las conclusiones. Además, se incluyen más de 60 tablas y un apéndice en el que se dan los datos estadísticos, sirviendo como acompañamiento al análisis interpretativo. Cada capítulo se reserva a un tipo de combatiente, desde la alta nobleza (*peerage*) hasta los famosos arqueros, pasando por los caballeros y los hombres de armas, con un capítulo misceláneo dedicado a varios tipos de combatientes minoritarios. El capítulo final se reserva para el estudio de la procedencia geográfica de los hombres que combatieron para la Corona inglesa en el periodo citado.

Los miembros de la alta nobleza tendían a comenzar su servicio militar a una edad muy temprana, lo que con el tiempo les llevaba a ejercer la función de comandantes de las huestes, actuando como una suerte de casta militar. Por otro lado, otros combatientes como los caballeros y los hombres de armas experimentan ciertos cambios a lo largo del periodo estudiado; mientras los primeros estaban ya en decadencia antes de 1369 en lo que a su servicio en la guerra se refiere, los hombres de armas fueron disminuyendo su participación de manera más paulatina. De hecho, al inicio del arco cronológico los ejércitos ingleses estaban formados por una *ratio* aproximada de un hombre de armas por cada arquero, pero este equilibrio se fue decantando a favor de los arqueros en la medida en que, con Enrique V, vemos *ratios* de 1:3 a favor de los arqueros, que alcanzó su punto álgido a finales del periodo con proporciones tan altas como 1:10. De una alta participación en la guerra durante las décadas de los setenta y los ochenta del siglo XIV, los caballeros y hombres de armas pasaron a un segundo plano a partir de 1389 y, especialmente, a partir de 1417 como consecuencia del aumento gradual del número de arqueros.

No cabe duda de que los arqueros ingleses son los combatientes más reconocidos de la guerra de los Cien Años, y tal vez el capítulo más interesante sea precisamente el dedicado a este tipo de soldado. Se trataba del grupo cuyo reclutamiento resultaba más económico, pues percibía la mitad del salario de un hombre de armas. Un dato a reseñar es que la extracción social de los arqueros a veces podía coincidir con la de los hombres de armas, pues una compañía podía tener arqueros y hombres de armas de la misma familia y, en el siglo XV, algunos arqueros llegaron a dar el paso de convertirse en hombres de armas. Este grupo tuvo no-

² Un tipo específico de documento en el que aparece debidamente registrado el nombre, estatus y servicios militares de cada soldado. Este es el principal tipo de documento utilizado para la elaboración de la base de datos, junto con otros documentos como las llamadas "cartas de protección".

³ <http://www.medievalsoldier.org/#>

tables posibilidades de profesionalización y promoción, sobre todo en los servicios de guarnición. Por otro lado, los autores arrojan nueva luz sobre la procedencia geográfica de los arqueros, llegando a la interesante conclusión de que los galeses apenas fueron alistados como tiradores en los ejércitos ingleses a partir de de la campaña de Agincourt en 1415.

Tras la exhaustiva presentación de los datos, los autores pasan a la interpretación de los mismos, distinguiendo varios periodos en los que se va perfeccionando el servicio militar hasta profesionalizarse. En primer lugar, como ya hemos mencionado, nobles y caballeros se mostraron menos interesados por el servicio de armas a partir de la segunda década del siglo XV. Esto responde tanto a razones de estrategia militar como de índole social y económica. Tras la conquista de Normandía y el tratado de Troyes (1420), el mando inglés diseñó una política de guarniciones para controlar el espacio sometido que absorbió buena parte del capital humano de las fuerzas militares isleñas. El abandono de la estrategia agresiva de las grandes *chevauchées*, que habían caracterizado las operaciones del siglo XIV, redujo el atractivo del botín y los rescates para los grupos sociales que proporcionaban los contingentes de caballería pesada. Para ellos la actividad militar en el Continente ya no era tan atractiva como para distraerles de las funciones administrativas en la propia Inglaterra. Por el contrario, el servicio de guarnición, tal vez más aburrido pero ciertamente menos arriesgado, pudo resultar atractivo para un sector social por debajo de la élite terrateniente para el cual un prolongado servicio militar, con posibilidades de promoción, era un medio económico y profesional atractivo. Finalmente, el menor coste de los arqueros inclinó la balanza a su favor en lo que se refiere a la administración. Resultaban más baratos que los hombres de armas en salarios, y esto era un factor determinante para una regencia obligada a economizar unos recursos aparentemente más magros que los de sus predecesores.

A partir de las citadas evidencias, los autores identifican tres fases en la evolución de la naturaleza y extensión del servicio militar. Entre 1369 y 1389 hay una significativa participación de la nobleza en las campañas militares y los hombres de armas aún se mostraban en grandes números en los ejércitos ingleses. Un segundo periodo, que se prolongaría desde 1390 hasta 1420, en el que la participación personal del monarca no detendría un proceso en que la presencia de miembros de la *gentry* comenzaba a reducirse en paralelo al aumento numérico de los arqueros, tal vez debido al impacto de la usurpación del trono por parte de los Lancaster. A esta fase, que se correspondería con la ya citada aplicación de una estrategia ofensiva que culminó con la conquista de Normandía, seguiría un cambio en la mentalidad del mando inglés hacia la primacía de la defensa. Tras la muerte de Enrique V en 1422, y hasta 1453, Inglaterra centró su esfuerzo preferentemente en la defensa de lo adquirido en Normandía y las viejas posesiones gasconas. Para ello se implantó un sistema que daba prioridad a la defensa estática con muy reducidas fuerzas operativas en el campo, a veces extraídas de las propias guarniciones. Así, la derrota inglesa en la fase final de la Guerra de los Cien Años aparece íntimamente ligada al progresivo desinterés de la elite aristocrática por un conflicto en el que ya no creía encontrar oportunidades –ni siquiera esperanzas– de enriquecimiento o promo-

ción. Una élite que no solo debía haber proporcionado combatientes, sino también liderazgo, y que debía haber sostenido la política fiscal que subvencionaba las fuerzas militares en el Continente.

Podemos concluir afirmando que estamos ante una gran obra de investigación, fruto de un exhaustivo trabajo de vaciado, clasificación y análisis de fuentes por parte de los miembros del *The Medieval Soldier Research Project*. Un trabajo necesario que arroja algo de luz sobre aspectos que permanecían en la más absoluta oscuridad en el cada vez más completo panorama de la guerra de los Cien Años. Por tanto, un interesante libro que se aleja de la clásica visión de la guerra que mira a los combatientes como un todo impersonal y nos acerca unos soldados con nombres y apellidos, de diversa procedencia y con motivaciones particulares. En definitiva, nos muestra los nombres propios de la Guerra de los Cien Años. Si aquí no vemos el rostro de la batalla, ciertamente sí contemplamos la faz de los soldados que en ellas lucharon.